

El Museo Canario:
un museo vivo

CRÁNEO INFANTIL CON TRAUMATISMO¹



Figura 1. Cráneo infantil, de en torno a 8 años de edad.

Inventario: 1728.

Descripción: Cráneo correspondiente a una persona de en torno a 8 años de edad (fig. 1). No conserva mandíbula ni esqueleto postcraneal. Presenta dos traumatismos deprimidos, originados por golpes con un objeto romo. Una de las lesiones se localiza en la región superior y anterior del parietal derecho, de morfología elipsoidal y dimensiones considerables (23,7 x 18,7 mm). La otra lesión, de tendencia elipsoidal e inferiores proporciones (6,4 x 5 mm), se encuentra situada en la región derecha del frontal. En ambos casos están cicatrizadas, por lo que la persona sobrevivió a ellas.

Datación: 771-934 después de Cristo.

Contexto cronocultural: Periodo prehispánico.

Procedencia: Barranco de Guayadeque (Gran Canaria).



¹ Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto de investigación «Diacronía de la Violencia en la Sociedad Prehispánica de Gran Canaria», financiado por la Fundación Palarq en la convocatoria de analíticas 2022.

El Museo Canario:
un museo vivo

Introducción

Formando parte de la sala René Verneau de El Museo Canario, se encuentra este cráneo correspondiente a un individuo infantil. Su ingreso en la entidad debió de producirse entre finales del siglo XIX y la primera mitad del XX. Se trata de unas fechas en las que se confirió especial trascendencia a la recuperación de restos craneales, debido al protagonismo que la antropología física racial tenía en la investigación arqueológica de la época, interés que se prolongó en Canarias hasta la década de 1960. A partir de la clasificación morfométrica craneal de la población aborigen se aspiraba a dilucidar cuestiones como sus orígenes y rasgos culturales, dando lugar a planteamientos de corte racista que asumían la jerarquización y desigualdad de los distintos tipos físicos humanos establecidos. Estos estudios craneométricos se centraron en restos adultos, dando lugar a que en los enclaves funerarios se llevaran a cabo recogidas selectivas, que primaban elementos óseos adultos bien conservados. Sin embargo, no en todos los casos fue así, y algunas exploraciones evidenciaron un interés por conocer y estudiar en toda su integridad los depósitos funerarios. De esta manera, y aunque en menor proporción, también los restos de infantiles pasaron a integrar desde fechas tempranas los fondos de El Museo Canario. En cualquier caso, no puede pasarse por alto que otras razones han intervenido en la infrarrepresentación que secularmente han experimentado los registros subadultos, como la práctica ausencia de aquellos sujetos de más cortas edades en los cementerios al aire libre (tumulares y de cistas y fosas) o el escaso interés de la arqueología por la población infantil hasta finales del siglo XX, entre otras casuísticas.

La procedencia de este cráneo infantil del barranco de Guayadeque no es casual, pues este enclave del sureste de Gran Canaria se erige como uno de los más explorados e intervenidos de la isla entre la segunda mitad del XIX y los principios del XX. La abundancia de cuevas funerarias y las excelentes

condiciones de conservación hicieron de Guayadeque una fuente de acceso a restos óseos bien preservados sobre los que poder abordar los análisis antropométricos (fig. 2).



Figura 2. Barranco de Guayadeque, Gran Canaria.

En las últimas dos décadas, este cráneo, al igual que los restos de preadultos conservados en la entidad, procedentes de diversos enclaves arqueológicos, han sido objeto de estudios bioarqueológicos que abarcan cuestiones relacionadas con la dieta, el estado nutricional (Velasco Vázquez *et al.*, 2004) o las prácticas funerarias desplegada en torno ellos (Alberto Barroso *et al.*, 2019; Alberto Barroso *et al.*, 2022). Continuando con esta línea, en la actualidad El Museo Canario se encuentra trabajando en un proyecto que persigue, a partir del estudio biocultural de los restos óseos de población infantil y adolescente, enriquecer y profundizar en el conocimiento de esta



El Museo Canario: un museo vivo

parte de la sociedad aborígen, visibilizándola y sacando a la luz su participación activa en la configuración de este grupo humano. En este sentido, una de las líneas de investigación en las que esta parte de la sociedad está siendo incorporada para su valoración la constituye el análisis de las evidencias de violencia física en los restos óseos de la población aborígen de la isla de Gran Canaria. El objeto es indagar en los roles, significados y construcción de la violencia en el seno de este grupo humano, abordando el género y la edad social de manera transversal, como elementos indispensables para entender tales prácticas en toda su integridad.

Aproximación a la violencia física en la sociedad prehistórica de Gran Canaria

Los trabajos que hemos desarrollado hasta el momento nos han permitido documentar una importante prevalencia de traumatismos en cráneos adultos, vinculables a enfrentamientos violentos (Delgado, Alberto y Velasco, 2018; Delgado, Alberto y Velasco, 2020). En función de las características y patrones de las lesiones se distinguen diferentes formas de violencia física, cada una de las cuales tendría unos fines y significados concretos que solo pueden ser interpretados en el marco histórico y contexto socioeconómico en el que tuvieron lugar. Las dataciones de las que se dispone indican que aquellos traumatismos menos severos, compatibles con enfrentamientos interpersonales de baja intensidad, pudieron extenderse a lo largo del periodo aborígen, sugiriendo la existencia de una violencia culturalmente sancionada, empleada en la resolución de conflictos. En su explicación pudieron intervenir diversos factores, como el proceso de jerarquización y diferenciación social que este grupo humano protagonizó, el relativo aislamiento en el que vivió o la condición insular del territorio habitado, con una extensión constreñida a unos 1560 km², a lo que se sumarían momentos de crisis climática o crecimiento poblacional que pudieron generar situaciones de competencia por unos recursos limitados.

Junto a estas evidencias de encuentros de naturaleza interpersonal se distingue otro tipo de lesiones que provocaron la muerte de la persona. Además de una prevalencia significativamente inferior a la de las lesiones cicatrizadas, los traumatismos letales muestran un patrón diferente y bien definido en cuanto a localización y tipo de fractura en el cráneo, pudiendo inscribirse buena parte de estas evidencias en el marco de enfrentamientos intergrupales. Una primera aproximación a esta modalidad de violencia sugiere su concentración en periodos muy concretos, coincidentes con momentos de reestructuración en el sistema socioeconómico e ideológico de los canarios a los que diversas evidencias del registro arqueológico están apuntando. Tales cambios están definidos por un proceso de complejización y asimetría social en la organización de esta población, acompañado de un mayor protagonismo de la agricultura en su economía, lo que tendría consecuencias en la percepción y apropiación del territorio (Alberto *et al.*, 2022).

Traumatismos en población preadulto

Una de las preguntas que surgen ante tal escenario de interacciones violentas en la población adulta es cómo dicha realidad pudo afectar a ese otro importante segmento de la sociedad conformado por infantiles y adolescentes.

Pero antes de proseguir conviene aclarar una cuestión que tiene que ver con el concepto de edad. Hay que tener en cuenta que la edad que nosotros asignamos a los restos óseos –a falta de documentos escritos que puedan proporcionarnos la edad cronológica, calculada desde el día del nacimiento– es la biológica, estimada a partir de los cambios biológicos que se van produciendo en el cuerpo. En el caso de los restos óseos de subadultos, esta



El Museo Canario: un museo vivo

es establecida en base al estado de formación y erupción dentaria, las medidas de los huesos y la aparición y fusión de los centros de osificación (Scheuer y Black, 2000). La edad biológica hay que diferenciarla de la social, producto de una construcción cultural que define estadios en el curso de la vida o categorías de edad a las que se asignan determinadas normas de comportamiento y estatus (Halcrow y Tayles, 2008; Lewis, 2011). Ciñéndonos al ámbito de los preadultos, las diferentes categorías de edad social en las que cada grupo humano puede dividir la infancia y la adolescencia determinan múltiples cuestiones, como los roles que la persona ha de desempeñar en cada una de esas etapas, el momento en el que empieza a participar en las actividades económicas del grupo humano, en el que pueden contraer matrimonio, incorporarse a la vida reproductiva, ser considerados autosuficientes o, incluso, en algunos grupos, la manera y lugar de enterramiento, por citar solo algunas de las cuestiones que vienen determinadas por la percepción social de la edad. Precisamente por su naturaleza sociocultural, esa percepción de la edad no es universal ni atemporal.

A través de la bioantropología o la bioarqueología (el estudio de los restos humanos de contextos arqueológicos) podemos acercarnos a todas esas cuestiones que tienen que ver con la manera en la que cada grupo humano articula culturalmente el periodo de la vida que antecede a la edad adulta. Muy diversas líneas de trabajo permiten esta aproximación, de las que son ejemplos el análisis de las edades de destete, los marcadores de actividad física, las patologías, la dieta, el estado nutricional o, como en el presente caso, las huellas de la violencia física. De esta manera, la bioarqueología puede contribuir notablemente a la reconstrucción sociocultural de la infancia. Y es a esto a lo que aspiramos al integrar a la población infantil y adolescente en el análisis de las interacciones violentas en el seno de la sociedad nativa de Gran Canaria.

La muestra de población preadulta que hemos analizado², con edades comprendidas entre 1 y 17 años, incorpora yacimientos de muy diferentes puntos de la geografía insular, y tanto las dataciones disponibles de los contextos funerarios de procedencia como las obtenidas directamente sobre los individuos estudiados abarcan gran parte del arco temporal prehistórico.

La proporción de preadultos con lesiones compatibles con violencia alcanza el 25 %, una vez descartadas aquellas heridas que por sus características pudieron tener un origen accidental, conforme a criterios forenses (por ejemplo, Guyomarc'h *et al.*, 2010; Kremer y Sauvageau, 2009; Lefèvre, Álvarez y Lorin de la Grandmaison, 2015). La totalidad de traumatismos son contusos –esto es, originados por un golpe con un objeto romo, desprovisto de punta o filo– y mayoritariamente deprimidos, como sucede en el caso del cráneo objeto de esta pieza del mes (fig. 3). En algunos casos llegaron a provocar la muerte del individuo. Además, cerca de la mitad de los afectados presenta más de un traumatismo.

No cabe duda de que estamos ante un porcentaje elevado y que, estadísticamente, no se diferencia de la proporción de adultos con lesiones. A ello hay que añadir que una primera aproximación al análisis desde una perspectiva cronológica de estas evidencias de violencia en el segmento de los subadultos apunta a que estamos ante una realidad que se extiende a través del tiempo. Dicha persistencia es coherente con el desarrollo temporal de las huellas de enfrentamientos interpersonales documentadas en

² Estos estudios se están desarrollando en gran medida sobre restos craneales, pues, como ya se comentó en la introducción, hasta avanzado el siglo XX, gran parte de las exploraciones y trabajos realizados en contextos funerarios daban especial preferencia a la recuperación de esta parte del esqueleto, debido al peso que los estudios raciológicos tuvieron en la investigación arqueológica. En cualquier caso, no puede pasarse por alto que tanto estudios clínicos y forenses como bioantropológicos señalan que la cabeza constituye el blanco preferente y recurrente en los enfrentamientos violentos en población adulta y subadulta. En este sentido, las revisiones que hemos efectuado del esqueleto poscranial, cuando este se conserva, confirman tal realidad.



**El Museo Canario:
un museo vivo**

población adulta. Tal y como se propuso en un primer estudio que desarrollamos, es posible plantear la existencia de un modelo de fracturas craneales que es característico de un porcentaje significativo de la población prehispanica de Gran Canaria desde la infancia (Velasco, Delgado, Alberto, 2018).



Figura 3. Detalle del traumatismo deprimido de morfología elipsoidal, en la región superior y anterior del parietal derecho.

Pero ¿a qué edad empiezan a aparecer los primeros traumatismos vinculables a violencia? Antes de los 5-6 años no se documentan infantiles con traumatismos de esa naturaleza, por lo que su inicio en ese momento de sus vidas podría estar marcando el tránsito a una nueva categoría de edad social. Resulta significativo que los 5-6 años representan un cambio trascendental en el desarrollo físico y mental de la persona, al tratarse de un momento en el que esta se torna más activa y comunicativa, gana en autonomía, desarrolla la coordinación motora fina, adquiere mayor fuerza y desarrolla habilidades y conocimientos sociales (Fahlander, 2011).

Por otra parte, otro dato de interés es que a partir de dicha edad la frecuencia de traumatismos permanece sin apenas variaciones a lo largo de los diferentes grupos de edad en los que hemos subdividido al conjunto de preadultos. Esta presencia de traumatismos en proporciones que se mantienen a lo largo de toda la etapa preadulta desde los 5-6 años, indiferenciados además de los documentados en adultos en cuanto a localización, morfología y mecanismo causante, permite plantear que no estaríamos ante una violencia dirigida específicamente contra los individuos más jóvenes de la sociedad, sino que impacta de igual manera sobre el conjunto de la población. Aunque relativa a la isla de La Gomera, no deja de ser sugerente la referencia recogida por Abreu Galindo sobre que «acostumbraban los naturales de esta isla para hacer diestros y ligeros sus hijos, ponerse los padres a una parte, y con unas pelotas de barro les tiraban, porque se guardasen; y, como iban creciendo, les tiraban piedras, y después varas botas y después con puntas; y así los hacían diestros en guardarse, hurtando el cuerpo» (Abreu, 1977, p. 74). Unas palabras que dejan entrever cómo los miembros de la sociedad son incorporados a la práctica de la violencia desde la misma infancia. Tal escenario podría estar apuntando también a que fue un comportamiento reconocido y sancionado y, como tal, transmitido y aprendido.

Otro dato de interés tiene que ver con la localización de las lesiones, de manera que los individuos infantiles y adolescentes con traumatismos en el esqueleto facial, hueso frontal o lateral izquierdo del cráneo representan el 80 % del total de sujetos con lesiones. Tal patrón es característico de confrontaciones cara a cara, lo que semeja ser otro elemento sugestivo de su participación activa en enfrentamientos, sin descartar los simulacros para el aprendizaje, al menos en las edades más jóvenes. Además de la localización, también el tipo y morfología de las lesiones -mayoritariamente deprimidas, con formas elipsoidales o circulares- refuerzan un origen compatible con acciones violentas. Por otra parte, en los pocos casos en los que el cráneo



El Museo Canario: un museo vivo

conserva correspondencia con el esqueleto postcraneal, este no presenta lesiones, por lo que se refuerza la idea de que el modelo de fracturas craneales no se inscribiría en un contexto de accidentes o de maltrato infantil, al menos según los criterios de la antropología forense (Gaither, 2012).

Los resultados obtenidos apuntan a que, a partir de un momento determinado, los subadultos participarían de un modelo social general, y por tanto también serían víctimas de la violencia en proporciones similares al resto de la población. De esta manera, las evidencias de confrontaciones físicas en la población no adulta vienen a reflejar el rol que la violencia debió de jugar en la estructura social de este grupo humano.

Una mirada a la adolescencia

Los planteamientos propuestos parecen refrendarse si nos centramos en un rango de edad como la adolescencia. A diferencia de lo que sucede con los restos óseos de edades más tempranas, a partir de la pubertad el dimorfismo sexual del esqueleto permite una estimación del sexo con cierto grado de fiabilidad. En nuestro caso, cuando este ha sido posible asignarse, la práctica totalidad de aquellos sujetos con lesiones corresponde a individuos masculinos. Esta realidad se acerca a la observada en los adultos, en la que la proporción de hombres casi duplica a la de mujeres.

El peso que al menos desde la adolescencia semeja tener el segmento masculino de la población abre también la puerta a entender este sistema de interacciones violentas en el marco de la construcción de las identidades masculinas e, incluso, de aquellas relacionadas con el grupo preeminente de la sociedad. En este sentido, las fuentes etnohistóricas aluden a lo que tiene todos los visos de conformar un rito de paso, por el que los individuos masculinos son incorporados y reconocidos como miembros de la élite a partir

de un determinado momento que probablemente se inscriba durante la adolescencia, por la alusión a la condición de «mozo»: «La manera que tenían en hacer los nobles e hidalgos era que, desde cierta edad que tenían determinada, criaban o dejaban criar el cabello largo; y cuando tenían edad y fuerza para poder ejercitar las armas y cosas de la guerra y sufrir los trabajos de ella, íbase al faycag... El Faycag convocaba los nobles y a los demás del pueblo donde el mozo nacía y habitaba... le cortaba el cabello redondo por debajo de las orejas y le daba una vara que llamaban magade, con que peleaban, que era cierta arma, y quedaba hecho noble, sentándolo entre los nobles» (Abreu, 1977, pp. 149-150). La capacidad y habilidad para manejar las armas como criterio para la incorporación a una nueva etapa de la vida, aunque referido al segmento preeminente de la sociedad, pone de manifiesto el prestigio conferido al ejercicio de la violencia. La trascendencia que tal práctica debió de tener en la sociedad prehispánica queda puesta también de manifiesto en su protagonismo no solo en una resolución más «cotidiana» de conflictos –de los que son ejemplos las disputas por los pastizales de las que se hacen eco las fuentes etnohistóricas–, sino también en otro contexto formalizado y ritual como los «desafíos» en espacios públicos organizados en determinados momentos. Sancionados por los poderes políticos y religiosos de la isla, estos encuentros enfrentaban a dos hombres bajo unas estrictas normas que pautaban, entre otras cuestiones, la colocación de los contrincantes y el tipo de armas utilizadas (Abreu, 1977). Diversos estudios etnográficos en torno a la práctica de la violencia en sociedades de pequeña escala evidencian que estas formas ritualizadas de violencia, culturalmente sancionadas, están estrechamente relacionadas con la formación de unas particulares identidades masculinas (Martin, 2021).

Si bien los relatos mencionados se insertan en los momentos finales del periodo aborigen, no dejan de materializar una particular conceptualización de la violencia que va más allá de la mera resolución del conflicto para insertarse



El Museo Canario: un museo vivo

en la esfera de la ritualidad y de la construcción de identidades, con profundos significados simbólicos y sociales.

Al menos para la adolescencia, el modelo de traumatismos craneales documentado apunta a una implicación activa de estas personas en enfrentamientos de naturaleza interpersonal pero también intergrupales. Esta edad supone la adquisición de una mayor fuerza física, sin olvidar que contarían ya a esas alturas con cierta experiencia y conocimientos tácticos, como cabría deducir de las frecuencias de traumatismos observadas en edades inferiores. Al tiempo, el protagonismo masculino que las huellas de violencia física tienen en la adolescencia, revela diferencias profundas en las experiencias de la violencia entre mujeres y hombres, que pueden ser indicativas de la asunción, en ese segmento de edad, de la identidad de género y los roles y comportamientos de ellos esperables.

Conclusiones

Tanto la prevalencia como el patrón de lesiones documentadas en cráneos parecen evidenciar que a partir de cierta edad la población aborigen preadulto de Gran Canaria se vio afectada por las interacciones violentas que a lo largo del tiempo se generaron en el seno de este grupo humano, en las mismas proporciones que en el segmento adulto. Atendiendo además a las características de los traumatismos, probablemente al menos una parte de ellos debió de responder a una participación activa de los subadultos en tales comportamientos. Esta realidad se evidencia con especial claridad durante la adolescencia, periodo en el que la posibilidad de estimar con mayor fiabilidad el sexo de la persona a partir de los restos óseos ha permitido detectar que la proporción mayoritaria de sujetos con traumatismos craneales es masculina. Ello pone de manifiesto el protagonismo de este segmento de la sociedad en las interacciones violentas, en una línea similar a la observada en la edad

adulto, y la importancia que las edades de la infancia y la adolescencia tienen en la construcción de las identidades sociales.

Los resultados alcanzados evidencian que a partir de cierta edad, aun dentro del rango de la infancia, el conjunto de la sociedad está inmerso en un escenario de violencia física en el que cuestiones como el proceso de jerarquización y diferenciación social que este grupo humano protagonizó, el relativo aislamiento en el que vivieron y la gestión social y económica de un territorio insular limitado -marcada por una creciente dependencia de la agricultura- entre otras, debieron de generar situaciones recurrentes de tensión social.

Los datos obtenidos nos revelan que la percepción de la infancia y de la adolescencia es particular en cada grupo humano, sumamente compleja, dinámica e imposible de entender como un tiempo homogéneo, que permanece inmutable. Ese periodo de la vida semeja además erigirse en una etapa de gran trascendencia en la construcción de las identidades.





ABREU GALINDO, J. [1590-1602]. *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*. Santa Cruz de Tenerife: Goya, 1977.

ALBERTO BARROSO, V.; DELGADO DARIAS, T.; ORDÓÑEZ, A. C.; SERRANO, J. G.; FREGEL, R.; VELASCO VÁZQUEZ, J. «Perinatal burials at pre-Hispanic noncemetery sites in Gran Canaria: tophet, infanticide, or natural mortality?». *International journal of Osteoarchaeology*, 32(1) (2022), pp. 100-110. Disponible en: <https://doi.org/10.1002/oa.3047>.

ALBERTO BARROSO, V.; DELGADO DARIAS, T.; SANTANA CABRERA, J.; VELASCO VÁZQUEZ, J. «Explorando la edad de los peligros: las momias infantiles conservadas en El Museo Canario». En: Chávez-Álvarez, E.; Camalich Massieu, M. D.; Martín Socas, D. (coord.). *Un periplo docente e investigador: estudios en homenaje al profesor Antonio Tejera Gaspar*. La Laguna: Universidad de La Laguna, 2019, pp. 151-170.

ALBERTO BARROSO, V.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; DELGADO DARIAS, T.; MORENO BENÍTEZ, M.A. «Cementerios, cambio social y migración en el tiempo de los antiguos canarios». *Tabona: revista de prehistoria y de arqueología*, 22 (La Laguna, 2022), pp. 189-215.

DELGADO DARIAS, T.; ALBERTO BARROSO V.; VELASCO VÁZQUEZ, J. «Violence in paradise: cranial trauma in the prehispanic population of Gran Canaria (Canary Islands)». *American journal of Physical Anthropology*, 166 (1) (2018), pp. 70-83.

DELGADO DARIAS, T.; ALBERTO BARROSO, V.; VELASCO VÁZQUEZ, J. «Isolation and violence on an oceanic island: lethal injuries in a pre-Hispanic burial in Gran Canaria (Canary Islands, Spain)». *The journal of island and coastal Archaeology* (2020). <https://doi.org/10.1080/15564894.2020.1783036>.

Bibliografía

FAHLANDER, F. «Subadult or subaltern?: children as serial categories». En: Lally, M.; Moore A. *(Re)thinking the little ancestor: new perspectives on the archaeology of infancy and childhood*. Oxford: British Archaeological Reports, 2011.

GAITHER, C. «Cultural conflict and the impact on non-adults at Puruchuco-Huaquerones in Peru: the case for refinement of the methods used to analyze violence against children in the archeological record». *International journal of Paleopathology*, 2(2) (2012), pp. 69-77. <https://doi.org/10.1016/j.ijpp.2012.09.010>.

GUYOMARC'H, P.; CAMPAGNA-VAILLANCOURT, M.; KREMER, C.; SAUVAGEAU, A. «Discrimination of falls and blows in blunt head trauma: a multi-criteria approach». *Journal of Forensic sciences*, 55 (2) (2010), pp. 423-427. <https://doi.org/10.1111/j.1556-4029.2009.01310.x>.

HALCROW, S.E.; TAYLES, N. «The bioarchaeological investigation of childhood and social age: problems and prospects». *Journal of Archaeological method and theory*, 15 (2008), pp. 190-215. <https://doi.org/10.1007/s10816-008-9052-x>.

KREMER, C.; SAUVAGEAU, A. «Discrimination of falls and blows in blunt head trauma: assessment of predictability through combined criteria». *Journal of Forensic sciences*, 54 (4) (2009), pp. 923-926. <https://doi.org/10.1111/j.1556-4029.2009.01072.x>.

**El Museo Canario:
un museo vivo**

LEFÈVRE, T.; ÁLVAREZ, J. C.; LORIN DE LA GRANDMAISON, G. «Discriminating factors in fatal blunt trauma from low level falls and homicide». *Forensic science, Medicine, and Pathology*, 11 (2) (2015), pp. 152-161. <https://doi.org/10.1007/s12024-014-9651-7>.

LEWIS, M. «The osteology of infancy and childhood: misconceptions and potential». En: Lally, M.; Moore A. *(Re)thinking the little ancestor: new perspectives on the archaeology of infancy and childhood*. Oxford: British Archaeological Reports, 2011.

MARTIN, D. «Violence and masculinity in small-scale societies». *Current Anthropology*, 62, supplement 23 (2021), S169-S181.

Bibliografía

SCHEUER, L.; BLACK, S. *Developmental juvenile osteology*. London: Elsevier Academic Press, 2000.

VELASCO VÁZQUEZ, J.; DELGADO DARIAS, T.; ALBERTO BARROSO, V. «Violence targeting children or violent society?: craniofacial injuries among the pre-Hispanic subadult population of Gran Canaria (Canary Islands)». *International Journal of Osteoarchaeology*, 28 (4) (2018), pp. 388-396.

VELASCO VÁZQUEZ, J.; DELGADO DARIAS, T.; ARNAY DE LA ROSA, M.; GONZÁLEZ REIMERS, E. «Unos modos de vida arraigados: la salud oral de la población prehistórica de Gran Canaria en edad no adulta». *Tabona: revista de prehistoria y arqueología*, 12 (La Laguna, 2004), pp. 45-67.



Autora de la ficha:
Teresa Delgado Darías
(conservadora de El Museo Canario)

El Museo Canario:
un museo vivo

Galería de imágenes



3 cm.

Figura 1. Cráneo infantil, de entorno a 8 años de edad.



El Museo Canario:
un museo vivo

Galería de imágenes



Figura 2. Barranco de Guayadeque, Gran Canaria.



El Museo Canario:
un museo vivo

Galería de imágenes



Figura 3. Detalle del traumatismo deprimido de morfología elipsoidal, en la región superior y anterior del parietal derecho.

